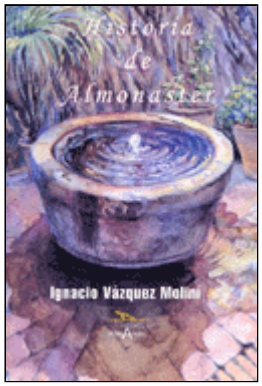
Historia de Almonaster

Ignacio Vázquez Moliní

Editorial Cacúa

Una visita a la intrahistoria

Francisco J. Castañón



Desde su actual refugio lisboeta, Ignacio Vázquez Moliní se asoma de nuevo al ámbito narrativo para ofrecernos la *"Historia de Almonaster"* . Obra que, en palabras de su autor, es el fruto de "una enajenación mental", al parecer transitoria. Por tan inquietante motivo, esta apacible villa de las serranías onubenses se trueca en enjundiosa *insula barataria,* de la que Vázquez se apropia para componer un rompecabezas delirante, donde hechos y lugares fidedignos se entreveran con espurios personajes, que conviven con otros, intachablemente auténticos, en una realidad transfigurada que se apoya sobre una tradición oral desatinada y una bibliografía a veces erudita, a veces adulterada por completo. Con cada capitulo iremos adentrándonos por una galería de retratos, que han permanecido escondidos en la historia insólita y apócrifa de este Almonaster que ya nos pertenece. Porque Almonaster representa, al fín y al cabo, cualquier rincón de nuestra geografía, donde podamos toparnos con figuras tan sorprendentes y excepcionales como para haber cimentado, desde el anonimato de lo cotidiano, la historia con mayúscula. Una idea que toma consistencia según conocemos el relato de sus empeños, sus andanzas, sus extravagancias, sus quebrantos y calamidades. Vázquez rescata o ingenia, de esta forma, unos singulares episodios nacionales, repasando diversos momentos claves del pasado, a partir de esa intrahistoria de Almonaster que se construye con las vivencias de unos protagonistas a los cuales solo cabe calificar de raros y heterodoxos. Porque más allá de la época por la que transitaron, lo relevante son las hazañas tan particulares de estos individuos, que aportan una visión descabellada, y quizá por ello perfectamente verosímil, de los tiempos que les toco vivir. En consecuencia, el azar, la providencia, la fatalidad, la audacia, pero sobre todo el humor, ese humor sagaz e inteligente tras el que se esconde, como advirtió Schopenhauer, algo trascendental y serio, son los elementos que van configurando esta *verdadera* crónica de Almonaster. Así, con un legionario traficante de sucedáneo de *garum* (una especie de escabeche que no se consume desde el Renacimiento), nos trasladamos a la dominación romana. Al Al-Andalus, con un erudito árabe cuya adicción a la miel y a la repostería le lleva a convertirse en el príncipe de los obesos y la hiperglucemia. La baja Edad Media es para un adelantado de los alcaldes insumisos que luego aparecerán en Fuenteovejuna y Zalamea, el pueblo llano contra los excesos de nobles y militares, o sea. Un fraile enfrascado en secretos culinarios y boticarios hasta llegar a provocar la indecorosa

desinhibición de la carne, nos introduce en aquella sociedad renacentista que se deslumbraba ante la aparición del tabaco, la patata y el retrete con cisterna. Y un falso inca, muerto a garrote primero y, como mandan los cánones, quemado después en la hoguera, nos trae a colación cuán emparentadas estuvieron esas dos aciagas estampas de nuestro Siglo de Oro: el pícaro y el hijohidalgo. Avanzamos por la centuria de la Luces de la mano de un ilustrado amigo de novedades, espías, enciclopedistas y del condimento trufa, arquetipo de aquellos progresistas que tuvieron que optar por defender a su nación de la invasión napoleónica y arrinconar las ideas modernizadoras de un Diderot o un D´Alambert, por las que tanto habían apostado pero cuya denominación de origen era la del país de los ocupantes. En el convulso XIX entramos gracias a una niñera alemana con vocación de *mata-harí* , que salva a los borbones españoles de perder corona y abolengo por ciertos enredos de alcoba. Y por último la Guerra Civil, con un anarquista milanés escabullido de milagro de las garras del general faccioso Queipo de Llano y que, por increíble que pueda parecer, aún hoy vive en la calle Real, o debiera escribir Irreal, de Almonaster. En todo caso, infiltrarnos por los derroteros de esta *"Historia"* supone tener presente que lo relevante en literatura es lo que sucede en la escritura, y como bien afirmaba ese gran escritor mexicano que fue Juan Rulfo: "todo escritor que crea es un mentiroso". Vázquez no iba a ser menos.

Post-Scriptum: El prefacio de este libro contiene atinadas apuntaciones para una teoría de la novela, que piden ser ensanchadas y entregadas a la linotipia. Para esto último puede el autor necesitar el mecenazgo de esa habitante asidua de sus páginas, quien ha acudido también a su cita en Almonaster. Me refiero, naturalmente, a la condesa-viuda. Ya se verá.